

15

CÉNTIMOS

¡ALEGRIA!

15

CÉNTIMOS



CENA DE VIERNES



— ¿Á qué esperamos, Luisito?

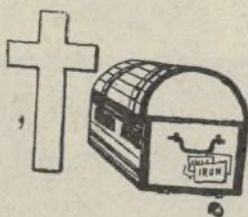
— Á que den las doce, pichona. No quiero promiscuar.

Ayuntamiento de Madrid

NOVEJARQUERIAS.

F. Casas.

Jeroglífico poético



¿Qué poema representan estos dos objetos?
La solución de este jeroglífico es facilísima. El problema representado es *El diablo mundo*.
Claro es que al diablo no se le ve; pero es porque, como siempre, está detrás de la cruz.

Charada exprés

Es mi *primera* una letra;
es mi *primera* vocal;
es mi *primera* redonda,
y una mujer mi *total*.

Ya estoy oyendo á los lectores decir:
— ¡Valiente charada! El nombre de mujer es O. Está muy claro...

Conformes; pero ¿por qué se llama *exprés* á esta charada?

Eso ya no es tan claro.

— También, hombre, también — exclama un *vivo*. — Se llama *exprés* porque no tiene *segunda* ni *tercera*. Es una charada que sólo lleva *primera*.

Regalo misterioso

Sobre mi mesa de trabajo veo estos tres objetos:



Vienen (como viene siempre Moret) acompañados de una carta.

En ella se dice que los objetos han de ser entregados, respectivamente, á los señores... (Al llegar aquí, los nombres se hallan borrados).

Es, pues, preciso adivinar para qué caballeros son estos cachivaches.

Mediten ustedes un ratito...

¿No dan con ello...?

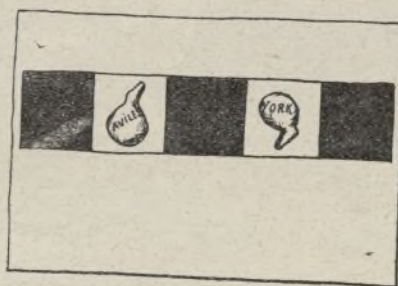
Pues es muy sencillo. El *choubeski* viene destinado al señor Montero Ríos. El cepillo es para el general Weyler. Y la botella de Carabaña es para los hermanos Quintero, que se han tirado al colete recientemente treinta y ocho banquetes seguidos.

Rompecabezas valenciano

Hasta el día en que se verifiquen las elecciones generales en la hermosa ciudad del Turia no podemos publicar este entretenido *rompecabezas*.

Pero avisamos á los neos que anden con mucho cuidado.

Los jamones maravillosos



Aquí tenemos tres casillas negras y dos blancas. En las blancas se ven dibujados tres jamones.

A pesar de que estos jamones son más pequeños que las casillas donde se hallan, si se recortan aquellos con unas tijeras se verá con asombro que no pueden pasar por los espacios que median entre las otras tres casillas.

¿Y sabéis por qué? Porque esas casillas son *del resguardo*, y ¡en seguidita van á pasar los jamones!

Frases hechas

Pensábamos publicar en este número dos ó tres *frases hechas*; pero desistimos de nuestro propósito hasta que tengamos el gusto de visitar á D. Antonio Maura, que debe tener algunas *muy buenas* en preparación.

No bien *las suelte*, se las serviremos á nuestros lectores.

MONERÍAS DE ACTUALIDAD



Exposición de carteles desnaturalizados

— Observa con cuánta razón dice en todos ellos: para quemar, para quemar, para quemar...



Un huésped regio de refilón

Llega, almuerza y se larga. ¡Qué monarca tan simpático!

LA DIABETES (CRÓNICA)

No queremos molestar á nuestros lectores contándoles un leve tropiezo que sufrió el primer número de ¡ALE-GRÍA! Los conservadores están en el poder. La hipocresía, el *tartufismo* impera.

Huele á órdenes mendicantes y á órdenes del Gobierno, que son los mismos olores descalzos.

Una sensación de repugnancia levanta el estómago más firme, y quiera Dios que sólo levante el estómago. Nos habíamos propuesto no hablar de política, pero la repugnancia es un tema que se impone en España ape-nas mandan los conservadores.

Nos enjuagamos la boca y pasamos.

* * *

Por fin se abrió el Kursaal.

Todos los madrileños nos preguntábamos á la hora del desayuno: Pero, Dios mío, ¿cuándo kursaará ese Kur-saal? Y mientras seguía cerrado, como siempre, por lío, se le escapó una *danseuse étoile* al teatro de Apolo.

Esto de que se escape una estrella de un sitio cerrado sumiría al mismísimo Flammarión en una melena de confusiones.

La estrella errante, ó la estrella ida, se llama Odette, y baila toda clase de bailes. Sólo le falta la jota.

Afortunadamente, en el Kursaal no lloran por danzantes.

Como que hay una bailarina, creadora nada menos que de los bailes sagrados de Egipto.

¡A buena hora se le ha ocurrido crear la danza religiosa del país de los Faraones, cuando ya no existen la re-ligión, los Faraones, ni el país casi!

¡Más le valdría haber creado á Weyler, que es todavía Gran Baile sagrado del Santo Sepulcro!

Pero el número del Kursaal que más entusiasmo produce es el que ejecutan unos ciclistas excéntricos.

¡Las cosas que hacen en sus bicicletas excéntricas! ¡hasta corren!

¡Delicioso Central-Kursaal! Si tú no existieras se nos impondría el suicidio. Por las tardes pelotarís excéntri-cos y cestas idem; por las noches, bailarinas idem y cestas lo mismo, y entre cesta y cesta ciclistas excéntricos, jueces excéntricos, ingleses excéntricos y el excéntrico Berriatúa.

¡Y te llaman Central!

¿Dónde tendrás el centro? ¿En el cuadro doce de la cancha? ¿En la escribanía de un Juzgado, ó en alguna calle de las inmediaciones?

¡Qué importa! Tu centralismo excéntrico es el más alegre y agradable de todos. Una hermosa confianza se establece en seguida entre el *elenco* y el público. Hasta por teléfono.

Se oprime un botón.

— ¿Central?

— ¡Presente!

* * *

El primer concierto de la Sociedad Sinfónica no fué precisamente un gran triunfo. La sala del Real estaba casi vacía. Cierito que Arana la ha dejado imposible con aquel abono y aquellas ópe-ras asmáticas de la temporada última.

Los aficionados á la música sinfónica se quejaban de la poca novedad del programa.
 Maestro Arbós, mire usted que aquí se perdona todo menos la falta de novedad.
 Coge usted un periódico: ¡Hombre, qué novedad! El proceso Thaw.
 Sale usted por la tarde de su casa y divisa un auto á todo correr: ¡Hombre, qué novedad! A jugar al golf.
 Y por la noche, ya se sabe, al Oriental.
 De modo y manera, maestro Arbós, que en un país donde todos los días se lee el proceso Thaw, se juega al golf y se va al Oriental, ó saca usted novedades de su batuta ó se la puede usted guardar.
 Esperamos que en el segundo concierto los dignos profesores sinfónicos nos hagan oír algo bueno, como, por ejemplo, la voz de la Pino de Apolo ó una fuga del abono aristocrático del Español ante el ascensor de Daniel.
 ¡Novedades, señores, novedades!
 Ejecuten ustedes á Thaw.

* * *

Los fondistas se han reunido en Asamblea.
 ¡Nadie deje las botas á la puerta de su cuarto, que los fondistas se las quieren poner!
 Sus acuerdos no pueden ser más dulces y beneficiosos para el sufrido huésped. Que se incluya en el Código penal un artículo para condenarle como estafador en cuanto se retrase en el pago del hospedaje. Que si cae enfermo de dolencia contagiosa, se le arroje del establecimiento, y si de otra enfermedad, satisfaga doble tarifa hasta que recobre la salud. Que si le desvalijan el equipaje, el fondista no responda de nada, y si se le roba en la cuenta, tampoco...
 Y decían que esta Asamblea iba á servir para adecentar, modernizar é higienizar los hoteles.
 ¡Quíá, no, señor; es sencillamente una Asamblea para rematar pupilos!
 ¿No les parece á ustedes delicioso que el huésped que por culpa del cocinero de la fonda sufra una indigestión tenga que abonar doble hospedaje mientras le dure el cólico, y que si el desarreglo gástrico se convierte en tifoidea arrojen de la fonda al infeliz?
 ¿No sería más lógico y más justo arrojar previamente al cocinero? Vamos, señores fondistas, dejen ustedes en paz al Código penal. Para concluir con los huéspedes no hay que apelar á la ley ó dar voces al verdugo.
 Basta con que sigan abiertas las fondas. (¿Y á los otros huéspedes de sus establecimientos, cuándo los rematan ustedes?)

* * *

He de terminar, por falta de espacio, «La diabetes» (crónica).
 Pero no lo haré sin decir á nombre de mis compañeros y á nombre propio lo muy agradecidos que quedamos á los colegas que, como A B C, *Heraldo de Madrid*, *El Liberal*, etc., se han ocupado cariñosamente de la aparición de ¡ALEGRÍA!
 Mil gracias, compañeros; chóquenla ustedes, y tomen algo.
 O «Saludos», como dice muy finamente el director del Teatro Español, á quien felicitamos desde ahora por el brillante éxito de *Le voleur*, obra que se estrenará en la noche del beneficio de María Guerrero.
 Es indudablemente una obra de fuerza.
 ¡Le voleur!
 Apenas anunciada, han desaparecido varios gabanes del abono de moda.
 Antes, pues, de estrenarse para el beneficio de la Sra. Guerrero, resultan ya muchos los beneficiados.
 ¡Enhorabuena á todos!

Derur.

De los más modernistas

¡Raro cantor de la métrica larga,
 raro Rubén de los ritmos exóticos!
 Tanto rimar como todos nos carga,
 vamos á ser, como tú, unos despóticos.

Porque también la señora retórica
 con tanta ley nuestras líras amarga,
 porque es también nuestra métrica exótica,
 porque también la tenemos muy larga.

Bien que Sellés haga versos corrientes,
 sin alterar el acento ni nada;
 pero, ¿está bien que los genios ingentes
 demos á luz una rima gastada?

¿Quién hace hoy una pobre cuarteta?
 ¿Quién hace hoy una simple quintilla?
 ¡El infeliz y pedestre poetilla
 que se halla aún saboreando la teta.

Hay que ensanchar nuestro campo poético,
 hay que estirar á los versos de antes,
 hay que ampliar el lenguaje fonético,
 hay que tachar y crear consonantes.

Vamos á hacer una rima saliente,
 vamos á hacer por llegar á la meta,
 ¡vamos á ir al soneto de veinte
 y que Sellés se vaya á la cuarteta!

¡Cómico es escribir un soneto
 y colocar los catorce del ala!
 ¡Pues si eso ya sabe hacerlo un cateto!
 ¡Váyase usted, váyase enhoramala!

¡Hay que innovar! ¡Hay que hacer modernismo!
 ¡Hay que tirar la retórica ñoña!
 Vamos á dar una prueba ahora mismo
 para aplastar á esas musas de roña.

Tan tarán tan que las uvas son verdes,
 tan tarán tan que ya madurarán,
 tan tarán tan que las uvas son verdes,
 tan tarán tan tarán tan tarán tan...

¿Quién nos dirá que no es nueva esta métrica,
 quién nos dirá que no es nuevo el acento?
 ¡Pues para usar este nuevo elemento
 no hay que emplear una musa tan tétrica!

El que cantó lo que dejo transcrito
 fué el que innovó en el verso de once,
 ¡y agua cayó desde que eso se ha escrito!
 ¡y hoy lo usan ya los poetas del bronce!

¡Raro Rubén de la métrica larga,
 raro Rubén de los ritmos despóticos!
 ¡Tanto innovar como innovas, nos carga!
 ¡Ni tú ni yo somos genios exóticos!

Coicteto



CUENTO ALEGRE SEMANAL

LUIS y ENRIQUETA (*recién casados*).

TIBURCIO (*guarda del monte*).

TOMASA (*su mujer*).

RUPERTO (*zagalón, hijo de ambos*).

Llega un coche de camino delante de la casa de la dehesa y Luis y Enriqueta se apean; el primero de un salto, la segunda perezosamente. Tiburcio, Tomasa y Ruperto acuden á recibirlos.

LUIS. — Por fin llegamos. Pobrecita, estarás reventada con tanto traqueteo después de un día tan... ¡Hola, Tiburcio! ¡Hola, Tomasa! Adiós, Ruperto; tú siempre hecho un roble. ¿Quieres la mano, Enriqueta?

ENRIQUETA. — No, no.

TIBURCIO y TOMASA. — Bien venidos los señoritos. Ya estábamos impacientes.

RUPERTO. — ¡Jí, jí! Yo he salido á cada momento, creyendo que se oían los cascabeles de ustedes.

TOMASA. — ¡Qué guapa es la señorita!

TIBURCIO. — ¡Ya, ya, señorito Luis; no tiene usted para elegir, como aquel que dice, telarañas en los ojos!

RUPERTO. — ¡Si paice la mía!

LUIS. — Bueno, bueno; basta de alabanzas y comparaciones. Vamos, Enriqueta, descansarás dentro. ¿Quieres el brazo?

ENRIQUETA. — No, no; no quiero nada.

LUIS. — Pero, ¿qué te sucede, ángel mío? Estás inquieta, nerviosilla, pálida. Claro, el día ha sido de prueba. La boda, con aquella plática del señor Obispo,

que no se acababa nunca, ¿te acuerdas? Yo no le entendí ni una palabra. Como es Obispo *in partibus* no se le entiende en ninguna parte. Luego el almuerzo en tu casa. Tú apenas comiste, yo tampoco; las enhorabuenas, el ruido de los platos, algunas bromitas, la calva de mi tío, más reluciente cada vez... ¡un mareo! Después el cambio de traje, las maletas, la escapatoria á la estación, las dos horas de tren con tantas estaciones y tantos revisores que entraban y salían; yo creo que han puesto más estaciones y más revisores, ó que uno no se da cuenta de que hay muchos revisores hasta que se casa. Después tres horas mortales, traqueteados en ese prehistórico carruaje por una carretera infernal... Comprendo que estés como estás, mi pobre Enriqueta; pero ya llegamos á nuestro refugio, á nuestra casita en esta soledad del monte; casa modesta, pero cómoda, y además apartada del mundo. Ya podemos descansar; ya se ha concluído todo, todo.

ENRIQUETA. — No, no. Digo, sí, sí.

TOMASA. — Vamos, señorita, venga usted conmigo. Le enseñaré las habitaciones, por si echa de menos alguna cosa. Las mujeres siempre necesitamos algo...

ENRIQUETA. — Sí, sí. (*Entra en la casa apresuradamente con Tomasa*).

TIBURCIO. — Digo, D. Luis, que se ha traído usted á su familia una real moza.

RUPERTO. — ¡Si paice la mía!

TIBURCIO. — No seas bruto, Ruperto; la tuya no le llega ni hasta salva sea la parte á la señorita. Hay estaturas y estaturas. Para ser tu novia de Pedro Mela no

está mal; pero para ser de Madrid ya tendría que alzarse el moño.

LUIS. — Sí, Tiburcio; mi mujer, gracias á Dios, es muy guapa, y además es muy buena. A las once de la mañana nos echaron la bendición y ya he conocido que es un ángel.

TIBURCIO. — ¡Eso se ve el primer día! Todo lo que puede dar de sí una mujer está conocido, como aquel que dice, en cuanto se casa.

LUIS. — ¿Qué le pasará ahora? Me tiene inquieto... Voy á ver. *(Se dirige hacia la casa).*

TIBURCIO. — No le pasará nada, señorito Luis, sino que las mujeres no son como nosotros, que nos paramos en cualquier parte, y listos.

TOMASA *(saliendo al encuentro de Luis.)* — Ya puede usted pasar, señorito; se estaba arreglando un poco.

TIBURCIO. — Vamos todos adentro.

LUIS. — Sí, vamos; y denos usted pronto de cenar, Tomasa. Le conviene descanso, sobre todo.

RUPERTO. — ¡Jí, jí!

TIBURCIO. — No te rías, bruto. ¿Crees tú que las señoritas no descansan?

TOMASA. — Ya tengo puesta la mesa y la cena aviada; de modo que cuando ustedes quieran...

LUIS. — ¿Oyes, Enriqueta? ¿Te parece que cenemos?

ENRIQUETA. — No, no; digo, sí, sí; digo, no, no.

LUIS. — Ea, siéntate; acaso tengas debilidad. De fijo que luego te encuentras mejor, y podrás descansar, que es lo que te conviene.

RUPERTO. — ¡Jí, jí!

TOMASA. — ¡A la cocina, animal; aquí sobras; los señoritos quieren estar solos! Ahora mismo traigo la cena. *(Vuelve al poco rato con una fuente).*

LUIS. — Te serviré. ¿Es mucho esto?

ENRIQUETA. — No, no; digo, sí, sí.

LUIS. — Bien; un poco menos. Así. Pero ¿qué te sucede? ¿No comes? Pues si está muy bueno. Anímate. ¿No? ¿Qué tienes, Enriqueta? Dímelos, por Dios.

ENRIQUETA. — Tengo miedo.

LUIS. — ¿Miedo á qué?

ENRIQUETA. — No sé, á todo; mucho miedo.

LUIS. — Pero estando conmigo...

ENRIQUETA. — Sí, sí.

LUIS. — ¡Qué niñería! ¿Ladrones?

ENRIQUETA. — Ladrones, sí... Ladrones, no.

LUIS. — Vamos, vamos, yo te lo suplico; déjate de miedos absurdos y come un poquito, sólo un poquito.

ENRIQUETA. — No puedo.

LUIS. — ¡Hazlo por mí!

ENRIQUETA *(casi llorando)*. — ¡No puedo!

LUIS. — Bien; entonces vale más que nos... que te acuestes y descanses. Tomasa te acompañará para ayudarte. Luego iré yo... á saber cómo te encuentras.

TOMASA. — Sí, venga usted, señorita; yo le serviré de doncella; soy un poco torpe, pero ya podrá perdonarme... *(Salen Enriqueta y Tomasa).*

LUIS. — Pues señor... en fin... ya veremos. ¿Qué hacías, Tiburcio?

TIBURCIO. — Estaba encerrando en el corral los perros para que no incomoden. Son muy juguetones; cachorros todavía.

LUIS. — ¿Tienes muchos animales?

TIBURCIO. — Aparte de mi hijo, esos dos perros, una perdiz para reclamo, varios conejos y un gato de lo más tumbón é inútil que puede el señorito imaginarse. Los ratones se le pasean por encima, y él quieto.

LUIS. — ¿Pero aquí hay ratones?

TIBURCIO. — Como haber... ¿dónde faltan?



TOMASA *(entrando)*. — Ya se queda tranquila la señorita. No es más que miedo.

LUIS. — ¿Pero miedo á qué?

TOMASA. — ¡Ay señorito!, las mujeres somos... Es decir, algunas, demasiado valientes.

LUIS. — Bueno, bueno; ya se le pasará. ¿Habéis cenado vosotros?

TIBURCIO. — Antes de que llegaran los señoritos.

LUIS. — Entonces, ¿qué pensáis hacer?

TOMASA. — Pues recoger la mesa, aviar los trastos y...

LUIS. — A la cama.

TIBURCIO. — ¡Como aquí no hay teatro!

LUIS. — Tienes razón. Yo, en cuanto acabe este cigarrillo, iré á ver cómo sigue la señorita.

TIBURCIO. — Buenas noches entonces, y...

LUIS. — Buenas noches, Tiburcio.

TOMASA. — Señorito Luis... ¡Miedo! Se comprende.

LUIS. — ¡Bien! Tomasa, buenas noches.

(Salen Tiburcio y Tomasa con dirección á la cocina. Luis da furiosas chupadas al cigarro. Tira por fin la colilla y, con un gesto heroico, se encamina á la habitación nupcial. Se oye durante una hora ir y venir á Tomasa)

arreglándolo todo. Después la casa queda tranquila, á oscuras y en silencio. Al mediar la noche se incorpora Tiburcio en la cama y dice):

TIBURCIO. — Me parece, Tomasa, que oigo ruido en el cuarto de los señoritos.

TOMASA. — Figuración tuya, Tiburcio. Los hombres siempre creéis que oís esos ruidos...

TIBURCIO. — Te digo que sí, que se oye. Escucha.

TOMASA. — Efectivamente. ¿Les pasará algo?

TIBURCIO. — Podíamos acercarnos á la puerta, no sea que la señorita se haya puesto mala.

TOMASA. — Tienes razón; vamos. *(Se dirigen en paños menores hacia la indicada habitación. En ésta hay luz y se sienten pasos precipitados. De pronto se oye un grito femenino y la voz de Luis que dice alegremente: ¡Otro, otro! Nuevos gritos, y la voz de Enriqueta: ¡Por aquí, por aquí! Tiburcio y Tomasa se miran asombrados, sin saber qué determinación adoptar. Su asombro sube de punto oyendo una carcajada de Luis, el cual dice después: ¡Qué atrocidad! ¡Con éste van ocho! Tiburcio va á llamar á la puerta; Tomasa le detiene. Después van cesando los ruidos. La luz se apaga; reina al fin el silencio. Tiburcio y Tomasa se vuelven á su habitación haciéndose cruces. Llega la mañana y Luis se dirige á la portalada, donde encuentra á Tiburcio, á Tomasa y á Ruperto).*

LUIS. — Hola, buena gente.

TIBURCIO. — Buenos días, señorito Luis; ¿qué tal se ha pasado la noche?

RUPERTO. — ¡Jí, jí!

LUIS. — Muy bien, muy bien... Pero, hombre, ¿por qué no nos advertisteis que estaba la habitación llena de ratones?

TOMASA. — ¡Jesús! ¡Jesús!

TIBURCIO. — Ahora mismo desuello al gato. Tres días le tuvimos encerrado allí para que concluyese con ellos.

LUIS. — Yo maté ocho ahogándolos en el cubo del agua.

TOMASA. — ¡Jesús! ¡Jesús! ¿Y la pobre señorita?

LUIS. — Al principio tuvo mucho miedo, pero luego se relaja y palmoteaba. Aquí viene.

TIBURCIO. — Nada, que le desuello.

TOMASA. — Buenos días, señorita. Ya nos ha contado el señorito Luis el susto de anoche.

ENRIQUETA. — ¿Susto? Quiá, muy divertido.

TIBURCIO. — Ahora mismo le desuello.

ENRIQUETA. — ¿A quién?

TIBURCIO. — Al gato, por criminal y tumbón.



ENRIQUETA. — ¡Pobrecito, déjele usted que viva! ¡Si yo no tengo miedo á nada!

LUIS. — ¿Te parece, Enriqueta, que demos un paseo por el monte mientras Tomasa nos prepara el desayuno?

ENRIQUETA. — Sí, sí; vamos á dar un paseo por el monte.

LUIS. — ¿Del brazo?

ENRIQUETA. — Del brazo. Hasta luego. *(Sale el matrimonio muy campechano).*

TOMASA. — Qué animada, qué resuelta, qué valiente. ¡Si parece otra! ¡Qué ha de ser la misma que llegó ayer tarde, tan medrosica y para poco!

TIBURCIO. — Es que, ¿sabes, Tomasa? Para vosotras las mujeres, no hay mejor medicina. Una noche de boda con ratones, y se os acaban á un tiempo todos los miedos.



CARTELES ALCOHÓLICOS

LA Sociedad «Unión Alcohólica Española», de la que seguramente Garibaldi es socio honorario, ha convocado á los artistas españoles á un Concurso de carteles anunciadores del alcohol desnaturalizado para quemar.

Nosotros creíamos, y con nosotros el Sr. Osma, que la mejor aplicación del alcohol era usarlo como bebida; pero ahora resulta que lo importante es que sirva para quemar, aunque al darle tan triste empleo se desnaturalice.

Conste, pues, que el alcohol no sólo sirve para que nos alegremos de haber bebido, sino que se emplea en infinitas manifestaciones de la vida doméstica é industrial.

El alcohol, en efecto, sirve para que las mujeres se ondulen el cabello; para que los hombres se alumbren (en el buen sentido de la palabra); para que hombres y mujeres se calienten (también en el buen sentido); para que automóviles y motocicletas avancen con rapidez; para todo, en fin.

Para lo único que no sirve el alcohol desnaturalizado es para inspirar carteles á nuestros artistas.

Porque ¡hay que ver los ochenta y tantos que forman la Exposición! Es decir, ¡hay que no verlos!

A excepción de cuatro ó cinco, todos los demás tienen tanto de carteles como Salmerón de revolucionario.

Y eso que las obras presentadas ofrecen, en asuntos y procedimientos, una gran variedad.

Allí hay de todo. En una misma sala se codean dos diablos con un sacerdote que conduce el Viático; en otra se ve un retrato de Aguilera, que sujeta con gigantesco brazo un inmenso quinqué; por los pasillos abundan los carteles con *risa para todo el año*, y desde la escalera se escuchan de vez en cuando las descargas, producidas, sin duda, por los fusilamientos que en el interior del recinto tienen lugar.

En lo tocante á procedimientos, los carteles son también variaditos. Hay: unos, *al pastel*; otros, *al agua*; muchos, *al óleo*, y alguno (como el del Viático), *al santo óleo*.

Sin embargo, todos estos procedimientos pueden sintetizarse en dos:

La Exposición entera es *al pastel*.

Y los artistas..., *al agua*.

Por cierto que los señores socios de la Alcoholera están muy disgustados con los pintores. Se quejan aquéllos de la pobreza de concepción de éstos, y dicen que sólo dos ó tres artistas han acertado *un poco* en los asuntos.

La verdad es que muy afortunados no han estado. Aquella abundancia de diablos no demuestra mucha inventiva. Además, ¿á qué abusar tanto del *espíritu malo*, cuando lo que se trata es de anunciar el buen *espíritu... de vino*?

Realmente parece que los autores de estos *carteles alcohólicos* se han emborrachado... ¡Ya pueden estar contentos los cinco ó seis que han conservado la cabeza!

Nosotros no nos explicamos semejante decadencia, como tampoco nos explicamos el por qué de haber instalado esta Exposición en el Banco Hispano - Americano.

Se comprende que la Exposición hubiese tenido local apropiado en una taberna, pero no en un Banco.

Á no ser que quieran esos señores fabricantes que los artistas *esperen sentados* la compra de sus carteles.

Que todo podía suceder.

Siul

SAN JOSÉ BENDITO

VALIENTE día fué para nosotros el día de ayer! Más de cien visitas de felicitación hicimos en dos horas. Así y todo, aun dejamos algunas Pepitas resentidas. Y es que nos faltó el tiempo para tanto compromiso.

A quien primeramente visitamos fué al Sr. Maura. Claro es que nuestro ilustre presidente no se llama José, pero todo el mundo sabe las buenas relaciones en que D. Antonio se halla con el Vaticano.

Y nosotros fuimos á pedirle que felicitase en nuestro nombre á Pío X (antes José Sarto), pues nos parecía natural que siendo el santo del Padre Santo, empezásemos nuestras felicitaciones por tan excelso Pepe. (¡No íbamos á empezar por el *Algabeño*, que también se llama José!)

Desde casa de Maura nos dirigimos á casa de Canalejas. Con este Pepe acabamos en seguida. Nosotros le saludamos, él nos bendijo, y dándonos unas cuantas peladillas de Alcoy, nos rogó que no dejásemos de visitar á López Domínguez.

Así lo hicimos. Un gran rato se nos pasó dudando entre si ir á felicitarle á Melilla ó á su casa, pero al fin nos decidimos por ir á su casa.

—Aquí estamos á felicitarle, general.

—¿Por mi nuevo programa?

—No, señor; por eso no hay quien le felicite á usted.

—¿Entonces...?

—Se trata del santo del día.

—¡Canario! Pues no me acordaba. Pero, en fin, mil gracias. Y ya que son ustedes tan amables, háganme el favor de felicitar de mi parte á Francos Rodríguez.

No quisimos oír más. Partimos hacia el *Heraldo*, y

allí abrazamos á Francos. Con esta visita eran tres las que hacíamos á los demócratas.

Y es que este partido es el partido de los Pepes.

Cumplidos nuestros deberes políticos, nos dedicamos á felicitar á varios literatos.

Visitamos á D. José Echegaray, á López Silva, á Roure, á Kasabal y á Nogales. A los cuatro primeros les deseamos felicidades sin cuento. A Nogales tuvimos que deseárselas *con cuento* y todo.

Después de hacer esta frase fuimos á la cárcel, no porque el chiste fuese tan malo, sino porque queríamos felicitar á Nakens.

—A mí no me vengan ustedes con santos — nos dijo D. José.

Y á falta de otra cosa con que obsequiarnos, nos dió *memorias* para D. Nicolás Salmerón.

Aun seguimos haciendo visitas durante toda la tarde y parte de la noche.

La variedad de Pepes que ante nuestros ojos desfilaron fué infinita. Vimos muchos Pepes gordos y un Pepe Delgado. Felicitamos á un José Rubio y á un José Moreno... Carbonero. Continuamos la peregrinación y vinimos á dar en D. José Muro.

Y en Muro nos detuvimos.

Cuando llegamos á nuestra casa en busca de reposo, Pepe, el sereno, después de recibir su correspondiente felicitación, nos abrió la puerta... No pudimos entrar. Al ir á poner el pie en el umbral recordamos que aun no habíamos felicitado á Pepita Sevilla.

Y á su casa nos dirigimos.

Eran las tres de la madrugada.

¡Valiente día fué para nosotros el día de ayer!



- ¿A qué vienes por aquí, pipiolo?
- A felicitar á San José por su fiesta onomástica, como dicen los revisteros de salones.
- Pues no te va á recibir; está ocupadísimo haciendo una cuna dorada para un encargo, y trescientos cuneros de alcornoque para otro.

EN EL JARDÍN DE ENSUEÑO



LOS DOS. — ¡Nuestras almas purísimas, liliales, se columpiarán eternamente en un claror de luna!
(Sí, sí; fiense ustedes de los jardines de ensueño... Los riegan con biberón.)

NEW - IBER

San Lorenzo 5 - TALLER DE FOTOGRAFADO - San Lorenzo 5

ESPECIALIDAD EN FOTOGRAFADO DE COLORES **MADRID**

REGISTRO CRIMINAL DE „ALEGRÍA”

SUICIDIOS, DIVORCIOS, CRÍMENES PASIONALES

Suicidios

En el lugar más reservado de su casa se suicidó hace dos días, pegándose un tiro en el vacío, el modesto actor dramático Francisco Francésquez, ó Paco Francésquez, como le llamaban sus íntimos.

El móvil del suicidio se atribuye á la falta de recursos escénicos.

Esta desgracia ha sido ocultada cuidadosamente al director y primer actor de nuestro teatro clásico de obras traducidas, temiéndose la impresión que pudiera causarle el ejemplo.

— Otro suicidio, verdaderamente horroroso, tenemos que registrar en estas columnas.

El poeta Marcos, cuyas obras han hecho llorar á tantas generaciones, impregnó todo su cuerpo de alcohol desnaturalizado.

El fuego de la inspiración hizo lo demás.

Cuando acudieron los vecinos de la casa en que moraba el desesperado poeta, atraídos por el humo, ya no quedaba del suicida más que el puro del estanco que al arder tenía en la boca.

Marcos, el genial Marcos, era ceniza de puro... tonto.

— Anoche se mató un socio en un círculo aristocrático de esta corte.

Y más de veinte se precipitaron á levantar el muerto.

Era de tres pesetas.

¡Cómo está la aristocracia de nuestros mejores círculos!

Divorcios

Vivamente deseáramos no tener que trazar estas líneas.

¡Otro matrimonio del gran mundo que se deshace!

Cuatro meses atrás, y en la capilla de su palacio, se unieron con vínculos, al parecer indisolubles, el conde de la Panoja y la encantadora hija de los marqueses de la Trencilla, pertenecientes ambos á la más rancia nobleza española.

Tan rancia, que hubo entonces que desinfectarla.

Todo parecía sonreírles. *Montecristo* dedicó á esa boda toda su literatura. Ni antes ni después ha vuelto á escribir en castellano.

Ahora bien; el conde de la Panoja arrastró de soltero, según parece, vida tan disipada, que al contraer matrimonio, por lo mucho que ya debía, le fué imposible aceptar otros débitos.

Su encantadora esposa esperó resignada un día y otro; pero pasaron semanas y meses, y la situación de la condesa se hizo intolerable.

Desesperada, loca, acudió anoche al Juzgado de guardia y le pidió al juez el depósito.

El juez inmediatamente se lo otorgó.

¡Lamentemos el triste final de ese idilio del gran mundo, y hagamos votos para que otras damas aristocráticas que se hallen en el caso de la condesa no apelen, como ésta, á los depósitos judiciales.

— Nos consta de un modo positivo no ser cierto el rumor de haberse separado amistosamente el matrimonio artístico López-Fernández.

Es cierto que el famoso López emprendió ayer un corto viaje.

Pero no es menos cierto que la señora Fernández, que se quedaba en Madrid, le armó en la misma estación un escándalo de primer orden.

Cesen, pues, las hablillas mal intencionadas y los comentarios maliciosos.

— El general La Bomba ha cambiado de ayudantes.

Con motivo de este drama de familia, la generala no recibe.

Crímenes pasionales

Influido indudablemente por las demoledoras tendencias de cierta obra con ascensor recientemente estrenada, el portero de una casa céntrica de Madrid ejecutó ayer un terrible crimen pasional.

Disgustadísimo porque uno de los inquilinos que ocupa alto puesto en la milicia no le diese jamás propina ni aguinaldo, al meterse aquél en el ascensor hizo funcionar de tal manera el aparato, que la jaula, salvando rápidamente los pisos primero y segundo, se paró de golpe entre éste y el tercero.

— ¡El tercero, el tercero!, gritaba desesperadamente la víctima del crimen para que le ascendieran; pero el desalmado Daniel, que así se llama su portero, no permitía que nadie se aproximase al aparato ni se acercara á la jaula.

Y en ella dejaremos á la víctima, cuyos desesperados gritos de ¡el tercero, el tercero!, ponen hoy los pelos de punta á todos los calvos sensibles de Madrid.

— Terminaremos nuestro Registro con otro crimen pasional.

La estatua de Calderón de la Barca, erigida en la plaza de Santa Ana, fué ayer completamente desvalijada.

Don Pedro apareció en paños menores ante los ojos de los asombrados transeúntes.

Se cree fundadamente que el ladrón se ha refugiado en un coliseo próximo.

Felicitamos á la señora Guerrero por celebrar su beneficio con este crimen pasional, y nos proponemos enviarle de regalo una elegante pareja de la guardia civil.

Derur.

José Blass y Cía., San Mateo 1, Madrid.

Redacción y Administración: Calle de San Lorenzo 5 - MADRID

DE MADRUGADA



LA PERIODISTA. — Aunque saqué una mano, no he reunido yo tantos en toda la noche